



Las casas vienen con papás

El trabajo analítico de una niña en un hogar a la luz de la perspectiva vincular

Paula Berenstein
Elisa Pedersen

Resumen: En este artículo se exponen tramos del trabajo y del vínculo terapéutico de una niña en situación de desamparo, alojada transitoriamente en un hogar con fines de adopción, y su terapeuta. Se recorren distintos momentos de la psicoterapia desde el ingreso hasta que se retira de la institución con sus futuros padres adoptivos. Se piensa el caso a la luz de conceptos utilizados en las teorías vinculares como dispositivo, trabajo de subjetivación, presencia.

Descriptores: Adopción, Depresión, Dispositivo, Subjetivación, Vínculo Terapéutico.

Introducción

Este trabajo toma el material clínico de una de las autoras para volver a construirlo desde el dos: se produce un texto que mira y se mete en la clínica de una terapeuta, para pensar desde lo vincular suplementariamente a la temática de la carencia, el apego y la pérdida. Éstas son temáticas que siempre están presentes cuando abordamos los desamparos y, muy frecuentemente, cuando de adopciones se trata.

Lo vincular nos permite pensar desde lo que hay, desde la producción actual, de la producción entre dos o más, en inmanencia. Es una teorización que permite no quedarse solamente en lo perdido y en lo actual como repetición de lo que faltó.

En este artículo expondremos un relato de un material clínico desde la experiencia de la terapeuta e iremos haciendo algunos cruces con conceptos que nos han resultado interesantes para pensar el caso, o más exactamente, para pensar el relato del mismo.

Le damos relevancia tanto a este trabajo de escritura, como al vínculo terapéutico, porque da cuenta de lo que se produce en el entre, en el devenir, de lo que se genera como novedoso y subjetivante en ese *ir produciendo*. Exploramos, pensamos, una vez más, las conexiones que se generaron. Pero las líneas de fuga son liberadoras y creativas sólo en su empleo, en la experiencia, y es imposible anticipar su devenir. Íbamos tras ellas... algunas quedaron para otros escritoS. Otras tomaron cierta forma, las territorializamos y les pusimos títulos. La producción en el entre dos, es un proceso en el que los autores quedan perdidos. Este escrito es esa producción.

Qué importa quién habla. Alguien ha dicho qué importa quién habla. Habrá un punto de partida, yo estaré, no seré yo, yo estaré aquí, me diré lejos, no seré yo, no diré nada, habrá una historia, alguien va intentar contar una historia.

Samuel Beckett, en Michel Foucault. *¿Qué es un autor?*

Celia fuera del mundo

Celia tenía siete años cuando llegó al hogar¹ donde yo —una de las autoras— trabajaba como psicoterapeuta. La niña había ingresado por pedido de su mamá, quien había permanecido el último año en situación de calle junto a Celia y su hermanita Luz, de seis meses.

Vivir en la calle para esta niña era dormir en un banco de plaza, o encima de un cartón, alegrarse si se podía usar el baño de una estación de servicio; era revisar la basura para alimentarse, era pedir, pedir cualquier cosa, tener miedo de noche, y odiar la lluvia. Tener frío. Vivir en la calle era también que le quedaran chicas las zapatillas y le dolieran los pies, que le doliera el cuerpo, el estómago por hambre y luego la cabeza hasta que ingería algún alimento. Tener piojos y no tener peine ni hebillitas para arreglarse. Tener y no tener parece separar dos mundos muy eficientemente. Vivir en la calle era quedarse fuera del mundo con personas que la miraban incómodas, con temor, recelo y aprensión o que evitaban mirar, dando vuelta la cabeza.

1. Los hogares son dispositivos que alojan a niños, niñas y adolescentes —menores de 21 años— cuyos derechos han sido vulnerados de alguna manera. Ante esta situación, los organismos competentes (En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, estos organismos son las Defensorías del Consejo de Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes), en el marco de las leyes N° 114 y 26.061, determinan la institucionalización del niño, que deberá ser siempre excepcional, transitoria y subsidiaria. Estos hogares deben ofrecer una atención integral al niño que alojan.



A las dos semanas del ingreso de Celia al hogar, hice una llamada por teléfono a la madre de las niñas, ya que desde que las había dejado no se había comunicado con la institución. La mamá me dijo en ese llamado que a nosotros nos pagaban para cuidar a sus hijas, y que tenía cosas que hacer. Luego cortó la comunicación y ya no contestó más las llamadas, ni volvió más a visitar a las niñas.

El padre era trabajador "golondrina". En la primera entrevista, dijo que nunca estuvo preparado para ser papá y que no podía hacerse cargo de las niñas porque no tenía domicilio fijo, aunque aceptaba visitarlas cada tanto.

Habitualmente, cuando yo llegaba al hogar, dejaba mis cosas en la oficina e iba al patio. Los chicos sabían a qué hora llegaba y me esperaban; cuando abría la puerta, todos se acercaban, me abrazaban, me pedían algo, me contaban sobre alguna pelea que había ocurrido. Buscaban contacto: alguna niña quería peinarme y los más grandes ya tenían preparado el mate que compartiríamos. Pero Celia estaba como invisible, con una mirada apagada y sin sonrisa: yo tenía que buscarla, hacer un esfuerzo consciente para que los bulliciosos no taparan su silenciosa presencia ausente.

Al pasar algunas semanas, al contrario de lo que solía suceder con los niños del hogar, Celia no se relajaba, no tomaba confianza ni con sus pares, ni con los adultos. Al tiempo comenzó a retraerse, aún más: tenía la vista perdida, se acurrucaba en un sillón, no hablaba con nadie, no miraba la tele ni jugaba, no lloraba ni reía. A los días, comenzó a estar en posición fetal en el mismo sillón, sin moverse de allí por iniciativa propia. No le interesaba alguna remerita nueva, no aceptaba que la peinen, no pedía nada. Parecía que todo le daba igual. Las cuidadoras del hogar pensaban que una nena que se portaba bien y que era callada. Lo que no aparecía nunca —a diferencia de lo que ocurría con los otros niños— eran esos destellos vitales que generan ganas de jugar, de imaginar, de reír, de correr y de ser niño con ella.

En sus sesiones individuales, se subía y acurrucaba en mis rodillas, y llorando me decía que nunca le gustó "la vida" (después me iría enterando de qué se trataba esa vida). En ese momento aposté a esa conexión conmigo, la consideré un lazo que permitiría crear un vínculo y sentí que íbamos a poder trabajar juntas a pesar de la gravedad de sus manifestaciones.

En aquellos inicios de su estadía en el hogar había armado un dispositivo para Celia, que consistía en verla cinco o seis veces a la semana, llamarla por las noches y el día en que no nos veíamos. También habíamos acordado con el personal del hogar que no la dejaran sola y que la acompañaran a la hora de dormirse.

Hablamos de dispositivo porque lo pensamos como un organizador libidinal y situacional que permite crear un vínculo subjetivante. La noción de dispositivo se nos hace necesaria



a la hora de pensar que la organización de los vínculos se produce por fuera de toda universalidad, que es única a cada grupo. Era necesario configurar entre Celia y la terapeuta, entre Celia y el personal del hogar una red, reglas, organizaciones que sostuvieran la posibilidad de un vínculo que alojara con mayor complejidad la situación que se presentaba. Justamente, un dispositivo es una formación cuya función es responder a una determinada emergencia y, a su vez, constituye a los sujetos que lo habitan. Es decir que a medida que se fue construyendo el dispositivo, que funcionó para mitigar el sufrimiento de Celia, todos los involucrados se fueron constituyendo como sujetos del vínculo terapéutico que habitaban. Fue una oportunidad de contención, despliegue y procesamiento de los eventos que irrumpieron en el devenir de la vida de esta niña, y funcionó como un *espacio-tiempo* en el que se pudo encontrar recursos para alojar lo sucedido y poder seguir adelante desde la potencia que surge al crear nuevos modos de estar con otros.

En las sesiones, Celia expresaba que su madre no tenía tiempo para tomar mate y que siempre tenía que estar cuidándolas. Lloraba intensamente, en posición fetal, abrazada a mis rodillas. Una tarde de frío, sintiendo que empezaba a hundirme con ella en el desamparo, le puse un abrigo y le dije que íbamos a salir a pasear. Fuimos caminando hasta un supermercado, compramos una chocolatada y unas magdalenas, y tomamos la merienda en una vereda, sentadas.

Dentro de la noción de dispositivos, incluimos tanto la disposición a escuchar, a estar con el cuerpo, como la diversidad de instrumentos, las acciones que hubiera que implementar para favorecer un trabajo analítico de elaboración y un trabajo que genere subjetividad, en un devenir en movimiento permanente. Desde una lectura actual, y conjunta, pensamos que la terapeuta propuso un cambio de dispositivo, intervino activamente sobre el vínculo y amplió las reglas. Porque una clínica de la presencia surge de pensarse otro con otro. Es estar dispuesto a lo que acontece. Es una clínica que puede precisar cambios en los dispositivos, ya que, en cada tramo del tratamiento, se hace necesario establecer nuevas reglas, nuevos movimientos que van complejizando la relación. Especialmente en situaciones que no tienen la comodidad del consultorio, surgen vicisitudes que requieren un rediseño de las estrategias clínicas y la creación de nuevos espacios-tiempos con nuevas posibilidades, nuevos lenguajes que alojen lo que va surgiendo.

Unos días después, Celia me propone: "¿Vamos a pasear al súper?". En el supermercado miramos las góndolas, donde había juguetes, tazas, ropa... Finalmente, en la góndola de frío eligió un postrecito para merendar.

Celia continuaba despertando su vitalidad, y empezó a pedir salir de paseo. Durante uno de esos paseos una paloma le hizo caca en el brazo, lo que me produjo, en ese momento, una risa fuerte y empezamos a jugar. Ella con el dedo tomó un poco y me ensució a mí. Yo hice lo mismo. Por primera vez nos reímos juntas, con placer y entusiasmo.

Es casi imposible no pensar en la idea de desamparo cuando abordamos a la niñez institucionalizada. Pero no se trata de ese desamparo en el que nacemos todos los humanos, postulado por Freud en 1926 en "Inhibición, síntoma y angustia". Estamos trabajando con una situación en la que ese desamparo originario se volvió una vivencia concreta para una niña. Es un impensable, porque se trata de un peligro real de desvalimiento.

Desde la perspectiva del apego, Celia carece de un otro primordial que le garantice amparo y amor. Pero la situación de institucionalización nos desafía a pensar cómo amparar a la pequeña Celia: ¿Preparándola para que desee volver a ser hija con otros papás, o trabajando con ella su capacidad vincular? Son dos vertientes. Creemos que ninguna puede ser dejada de lado mientras Celia se aloja en el hogar. Desear ser hija (tener la garantía del amparo de un cuidador primario) y ser niña, desplegando la potencia subjetivante de vínculos (valiosos y variados) con otros.

Esta mirada en diferencia suplementa² lo pensado en relación al desamparo en términos de carencia, reparación, ocupar funciones. Se disponen, Celia y su terapeuta, a lo accidental que implica el habitar un vínculo, a construirse ambas a través del mismo, a no buscarle un nombre ni posicionarse desde la idea de estar reemplazando algo que falta. Van creándose, niña y terapeuta.

En otra salida jugamos a saltar de baldosa en baldosa, y fue la primera vez que noté que puso su cuerpo en intenso movimiento. Creo que ambas reímos por la diversión, por el placer del juego y, también, por el alivio de la tensión. Tensión de la desesperación, de la angustia, y de no vislumbrar ningún futuro vital. Fueron apareciendo sensaciones vivas de alegría, de calma y placer en nuestros encuentros.

Celia también empezó a mostrar sentimientos de enojo y de celos, cuando yo llegaba tarde, si no la saludaba primero a ella o si algún día no la llamaba por la noche... yo, por mi parte, la saludaba con un beso y le decía: "Ya sé que estás enojada y no me querías saludar, pero no aguanté las ganas y te dí un beso igual".

También su producción gráfica empezó a hacerse más rica. Sus deseos de pintar eran notables. Pintábamos juntas una sesión tras otra. Una al lado de la otra (ella me quería a

2. Nos apoyamos en el pensamiento de Jacques Derrida sobre el suplemento y la diferencia. Por citar sólo algunas referencias: De Peretti, C. & Ferrero Carracedo, L. (2015). *Clamor*. Madrid: La Oficina del Arte y Ediciones. Derrida, J. (1971). *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Argentina Editores.



su lado, codo a codo). Pintábamos no sólo las hojas, sino también las sillas, la mesa, el piso, la alfombra. Las témperas cubrían de color todo el espacio.

Entendimos estos momentos creativos como la construcción de un espacio experiencial de un ir siendo juntas, un jugar en el que Celia pudo ir creando, a la vez, un espacio vital con colores, un tiempo de continuidad y su subjetividad. Consideramos que cuando en los juegos aparece la necesidad de crear continuidades a través de diferentes materiales y también en lo que respecta a la presencia del otro, es fundamental sostener esa creación. En Celia, tanto como en niños con vivencias sostenidas y repetidas de desamparo, la confianza en el ambiente y en las personas está dañada. Por eso las continuidades que surgían en estas tareas funcionaron como un espacio de confianza y de tranquilidad. Un espacio con un adulto que acompaña, que comparte, que asegura una continuidad, que le dice a Celia que mañana va a ser parecido a hoy, y pasado mañana también. Experiencia novedosa para esta niña que vivía en la incertidumbre. Se volvió imperante permitir toda esa experiencia de pintura, donde varias continuidades iban teniendo lugar: nuestros cuerpos juntos, los juegos y el placer de ocuparlo-pintarlo todo. Queremos remarcar las diferencias del vínculo que se fue estableciendo con lo que le ocurría a Celia cuando vivía en la calle.

La existencia se construye desde las representaciones y desde el hacer en el presente con lo que hay. ¿Quién es Celia? ¿La nena que no tiene papás? También es esa nena con unas ganas inmensas de sentirse viva, con un temperamento fuerte, juguetona, mimosa, esa nena que mostró una gran disposición a construir un encuentro novedoso con alguien en quien había empezado a confiar.

Pasados 8 meses, no era más necesario aquel dispositivo con una presencia tan intensa y que cubra todos los espacios, por lo que empecé a verla dos o tres veces por semana y, sólo ocasionalmente la llamaba por teléfono a la noche. En este nuevo dispositivo se había sumado, a una de las sesiones semanales, una operadora del hogar que era muy afectuosa, cuya presencia a la noche le resultaba suficiente para poder dormir.

Ser hija: El estado de adoptabilidad

Ya habían pasado diez meses de estadía de las hermanitas en el hogar, y se declaró su estado de adoptabilidad, ya que la mamá no aceptaba ayuda por parte de las trabajadoras sociales del hogar y de la Defensoría, y el papá no había modificado su situación.

Un día, Celia me dijo:

C: Cuando haga mi cumpleaños en mi casa, ¿vas a venir?

T: Viste que las casas vienen con papás.

C: Sí. Creo que quiero tener papás nuevos.

Ese día me dibujó a mí y a ella en su fiesta de cumpleaños.

En el dibujo se representaba el vínculo que fueron creando Celia y la terapeuta. Parecía resultar difícil tener un vínculo importante y genuino que no sea ni materno, ni paterno. Suele observarse en trabajadores de estos hogares el conflicto entre sentirse convocados a ocupar roles parentales y no querer hacerlo para resguardar al niño. Como se ve en este pequeño extracto de sesión, Celia empezó a poder hablar de la idea de tener padres, a la vez que graficaba su vínculo amparador actual.

El camino sinuoso de la adopción de Celia

Declarado el estado de adoptabilidad, el Juzgado envió una pareja con un permiso para comenzar a vincularse con las niñas. A Celia le costaba muchísimo relajarse, y sentía todo el tiempo que la pareja quería a su hermanita, pero no a ella. El Equipo Técnico refería que se la notaba preocupada en los encuentros, que no podía calmarse. En el segundo encuentro, Celia le pide al varón de la pareja aspirante a la guarda que le muestre su billetera. Ese gesto les resultó sumamente chocante, los alarmó tanto que luego de un mes de vinculaciones, la pareja, angustiada, desiste de llevarse en guarda a las chiquitas, diciendo que realmente no pueden conectarse con Celia, que les resulta muy difícil que esté contenta. El Juzgado, a su vez, "desliza" que Celia parece ser una nena un tanto agresiva.

Un gesto que cada uno llenó plenamente de sentido, la jueza la tildó de agresiva, la pareja interpretó un interés que le produjo desconfianza y Celia tal vez ubicaba ahí un lugar de seguridad que le garantizara tener vivencias menos traumáticas que las que habían ocurrido en su existencia en la calle. La terapeuta veía en ese pedido de Celia un lenguaje y un gesto que se relacionaba con el desamparo vivido durante varios años, el dolor en el cuerpo del hambre, ese despertar por la lluvia mientras dormía, el miedo a morir, o tener que hacer sus necesidades en el parque. Este terror inabordable de estar solo en la vida, tal como lo postula Freud (1926), pertenecía a un mundo totalmente ajeno e inimaginable al de la pareja que pretendía adoptar a estas niñas. Por otro lado, la representación de la pareja de que un niño quisiera ver la billetera probablemente los había reenviado a significaciones temidas y persecutorias. Tal vez fue un momento donde dejaron de desear ser padres e hijas adoptivos para volver a ser una niña de la calle y un adulto que la miraba con recelo y temor.



En las situaciones de adopción es notoria la diversidad de mundos; de significaciones y de representaciones, a veces opuestas, temidas. Está el mundo del niño, el del hogar, el del juzgado, el de los adoptantes, el del equipo tratante, etc.

En una sesión posterior, Celia dice:

C: No quiero papás, me voy a quedar a vivir para siempre en un hogar. Nadie me quiere. Yo soy fea. Soy bruja.

T: ¿Te parece que nadie te quiere?

C: Vos me querés.

En otras sesiones, jugamos a pintarnos, a peinarnos, a disfrazarnos. Jugábamos a la mamá y yo era la hija: cuando me portaba mal, ella siempre me "devolvía".

T: No está bien que me devuelvas porque me porto mal.

C: ¡Vos no hacés nada de lo que yo te digo!

T: ¡Vos querés que yo haga todo como vos querés! Yo también me aguanto que no sos como yo te querría, jugando todo el tiempo, cantándome. Que a veces estás ocupada en otras cosas.

Celia se había convertido en una pequeña tirana, emergiendo de su depresión con un odio profundo hacia todo adulto que no se acomodara cien por ciento a ella. Requería que los adultos comprendieran sin necesidad de explicarse, que la adivinaran. Y si no pasaba eso, se enfurecía.

Un camino sinuoso también es un camino posible

T: Vos sabés que la Jueza está buscando otros papás.

C. Sí. Quiero que sean con plata.

T: Vos querés muchas cosas, y está bien, porque a vos te faltaron muchas cosas y estás asustada.

C: Yo no quiero vivir en la calle.

T: La Jueza ya se fijó que los papás tengan casa donde vivir. Pero vos tenés que hacer un esfuerzo para conocerlos. Sino, es muy difícil para ellos también. Porque no saben qué hacer cuando los mirás con mucha bronca por todo lo que te pasó.

Esta vez, al llegar la nueva pareja adoptante para conocer a las niñas, me incluí en el Equipo Técnico del hogar, contándoles mi recorrido con las hermanitas. Les anticipé que Celia podría estar reticente, que era importante que no creyeran que era hacia ellos, sino que los estaba poniendo a prueba de una manera muy cruda, de la única manera en que sabía hacerlo. Trabajamos cuatro meses, en las llamadas entrevistas de vinculación para

guarda con fines de adopción. Durante las mismas se fueron transitando momentos de angustia, en los que creyeron que no iban a poder seguir, momentos de cansancio y hartazgo de tantas instituciones entre ellos y las niñas. Celia llegó a preguntarse en una sesión cuándo le tocaba tener sólo papás y cuándo "basta de hogares y Juzgados". Había llegado la hora de irse.

Los caminos posibles y sus rumbos

C: Luz los extraña mucho.

T: ¿Y vos?

C: Yo también, pero soy más grande.

T: Vos también los extrañás. Hay que ser valiente para extrañar y para querer a los nuevos papás.

C: Sí, pero yo me animo porque nos va bien. Bah, a veces me re-enojo, porque no me compraron los patines con botas. Pero después se me pasa un poquito. Pero los patines, ¡Los quiero igual!

T: Sí, claro que los querés. Pero podés esperar ahora. Porque sabés que ellos también se acuerdan que querés los patines. No solamente vos lo pensás.

El día anterior a irse, Celia pidió en la sesión que limpiáramos entre las dos su bicicleta, para que pudiera llevársela. Miró el consultorio, todo pintado por ella y por mí, y dijo:

C: A otra chica que venga le va a gustar con tantos colores.

Dejó un legado para cuidar a quien viniera más adelante. Se llevó lo que era suyo, limpiándolo de lo que cualquier chico querría dejar en el pasado: sentirse desamparado. Trabajar en pos de volver más permeables los diferentes mundos que las personas habitamos, nos modifica. Nos crea en comunidad.

De vez en cuando, Celia me llama. Y año tras año, me invita a su cumpleaños en su casa con los que, en algún momento, fueron sus nuevos papás.

Se necesita una aldea para criar un niño
(Proverbio africano)



Paula S. Berenstein: Médica. Especialista en psiquiatría y Psicología Médica. Egresada de la EAPPG. Magíster en familia y Pareja. Docente de la Maestría en Familia y Pareja. IUSAM. Integrante del Departamento de Pareja y Familia. APdeBA. Autora del libro *Adopción y vínculo familiar. Construyendo la historia*. (2014). paulaberens-tein@yahoo.com.ar

Elisa V. Pedersen Elisa: Licenciada en Psicología. UBA. Magíster en Familia y Pareja. IUSAM. Docente de la Universidad de Buenos Aires. Integrante del Departamento de Familia y Pareja. APdeBA. Co-autora del libro *La intimidad de la clínica con niños, niñas y adolescentes*. (2022). elisavepe@gmail.com

A casa vem com pais. O trabalho analítico de uma menina em uma casa estadual transitória desde a perspectiva vincular.

Resumo: Nesse artigo são apresentados fragmentos do trabalho e vínculo terapêutico de uma menina de rua, acolhida transitoriamente em uma casa estadual transitória, e sua terapeuta até o processo de adoção. Distintos momentos do tratamento psicoterapêutico são examinados: do ingresso à saída da instituição junto aos seus futuros pais adotivos.

Na abordagem do caso foram utilizados conceitos como dispositivo, trabalho de subjetivação e presença.

Descritores: Adoção, Depressão, Dispositivo, Subjetivação, Vínculo Terapêutico.

Home includes parents. The psychoanalytical work of a girl in a transitory state home, studied through a link theory's perspective.

Abstract: This article intends to show parts of the psychoanalytical work and the therapeutic link of the therapist and a helplessness girl, who is living in a transitory state home for adoption purposes. Several moments of the therapeutic work are shown, from her entrance to the institution until her walkout in foster care with adoption intentions.

The clinical case is analyzed through link theory's concepts, such as clinical device, subjectivation work, presence.

Descriptors: Adoption, Depression, Device, Subjectification, Therapeutic Bond.

REFERENCIAS

- Berenstein, I. (2004). *Devenir otro con otros(s). Ajenidad, presencia, interferencia*. Buenos Aires: Paidós.
- De Peretti, C. & Ferrero Carracedo, L. (2015). *Clamor*. Madrid: La Oficina del Arte y Ediciones.
- Deleuze, G. ¿Qué es un dispositivo? Recuperado el 16/02/24, de https://paisarquia.files.wordpress.com/2011/03/deleuze_g_que-es-un-dispositivo.pdf
- Derrida, J. (1971). *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Argentina Editores.
- Freud, S. (1996). "Inhibición, síntoma y angustia". En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XX). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- García Fanlo, L. ¿Qué es un dispositivo? Foucault, Deleuze, Agamben. Recuperado el 16/02/24, de <https://www.icmujeres.gob.mx/wp-content/uploads/2020/05/fanlo74-1.pdf>
- Kleiman, S., "Ocupar y habitar. Diferentes operaciones vinculares". *Revista internacional de psicoanálisis de pareja y familia*. Año 2012, N° 11. Recuperado el 03/06/21, de <https://aipcf.net/revue/wp-content/uploads/2017/07/Ocupar-y-habitar-diferentes-operaciones-vinculares-1.pdf>
- Mauer, S., Moscona, S., & Resnisky, S. (2014). *Dispositivos clínicos en psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.



- Minnicelli, M., Ballarin, S., Lampugnani, S. & col., (2010). *Infancias en estado de excepción. Derechos del niño y psicoanálisis*. Buenos Aires: Noveduc.
- Moscona, S. (2004). *Dispositivos vinculares; con-jugando legalidades y reglas*. Trabajo presentado en las II Jornadas de psicoanalistas de familia y pareja, AEAPG.
- Pedersen, E. (2022). "Niños, niñas y adolescentes institucionalizados. Entre apegos, pérdidas y aperturas vinculares". Trabajo Integrador Final de la Maestría en Familia y Pareja, IUSAM.
- _____. (2022). *Ser un hijo en suspenso. Las categorías familiares como fuente de violencia*. Trabajo presentado en las XXV Jornadas de Clínica con Niños y Psicopatología Infanto Juvenil. Facultad de Psicología, UBA.
- Rodulfo, R. (2012). *Padres e hijos*. Buenos Aires: Paidós.
- Puget, J. (2015). *Subjetivación discontinua y psicoanálisis. Incertidumbres y certezas*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa.